

## Segunda parte: el judaísmo contemporáneo

Holocausto, memoria y política

Bernardo Sorj

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B. Holocausto, memoria y política. In: *Judaísmo para todos* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2011, pp. 53-57. ISBN: 978-85-7982-056-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

*SEGUNDA PARTE:*

## **EL JUDAÍSMO CONTEMPORÁNEO**

## HOLOCAUSTO, MEMORIA Y POLÍTICA

El Holocausto no sólo quitó la vida de seis millones de personas, como destruyó los mayores centros de cultura judía, tanto religiosa como secular. Erosionó la creencia de los judaísmos modernos en la posibilidad de un mundo guiado por la razón y llevó a un apoyo masivo al sionismo, hasta entonces una de varias corrientes del judaísmo. Mudó la distribución geográfica de los judíos en el mundo, transformando a Estados Unidos en el principal centro demográfico en la diáspora y fue un factor importante en la creación del Estado de Israel. Pero, el efecto más perturbador en los tiempos actuales es que hasta hoy el judaísmo, de forma explícita o implícita, vive a la sombra del Holocausto.

El Holocausto ciertamente continuará afectando por largo tiempo al judaísmo y los judíos y como todo trauma histórico, su superación llevará generaciones para que pueda ser asimilado. Sin embargo, la dimensión que él adquirió como referencia central y muchas veces casi exclusiva de la identidad judaica contemporánea, sofoca y empobrece la memoria colectiva.

La elaboración del Holocausto exige un esfuerzo enorme para recuperar la memoria del mundo cultural que fue destruido. El mayor monumento que se puede hacer por la memoria de los muertos es recordar la vida que ellos llevaban, la riqueza del universo que ellos expresaban. Precisamos de más museos que junto con los testimonios terribles de la máquina de muerte nazista nos muestren la riqueza cultural del mundo que fue destruido, sobreponiendo la vida a la muerte, indicando junto con el nombre y el número de muertos de cada comunidad la vitalidad de las instituciones y centros de estudio y de vida artística destruidos. Se trata de una tarea difícil, pues en Israel el Holocausto fue transformado en un símbolo de las dimensiones negativas de la diáspora y en las comunidades judías diaspóricas el Holocausto es utilizado para transmitir a las nuevas generaciones la identificación con el judaísmo por el miedo de su repetición. En ambos casos existe poco interés en el mundo que el Holocausto destruyó y de que forma puede ser continuado y renovado.

El efecto más profundo del Holocausto en la psique judaica fue la "lección" de que el destino de los judíos depende de sus acciones y no de la ayuda divina. En este sentido específico, transformó la gran mayoría de los

judíos en "ateos": independientemente de creer o no en Dios, pocos judíos, aún ortodoxos, después del Holocausto, creen que pueden depender de Dios en momentos de peligro. El Holocausto creó una nueva alianza, en la cual Dios fue excluido o, al menos, está ausente, entre los más diversos tipos de judaísmo y judíos, una alianza en torno a la memoria y a la solidaridad.

Esta visión saludable de la historia a veces se expresa en un discurso de que los judíos están solos y sólo pueden confiar, en momentos de peligro, en otros judíos. Ella es una versión secular de la narrativa construida por la religión, que valoriza los momentos de persecución y sufrimiento colectivo. Esta visión está presente en varias festividades, no solamente en los eventos que recuerdan hechos tristes, como la destrucción del primer y segundo Templo, pero también en la fiesta más alegre, *Purim* (el "carnaval" judío) que festeja la intervención de la reina Esther junto al rey persa Assuero, para cancelar el edicto del primer ministro Haman que pretendía eliminar todos los judíos del reino. En suma, la gran alegría es que los judíos no hayan sufrido un genocidio.

Se trata de una perspectiva errónea tanto desde punto de vista moral, político e histórico. Moralmente falso, porque olvida la cantidad de no-judíos que pusieron sus vidas en riesgo para salvar judíos. Históricamente errónea, porque el pueblo judío siempre dependió de alianzas para sobrevivir o realizar sus proyectos, sea en el retorno del exilio de Babilonia y la reconstrucción del segundo Templo, posibilitados por decretos de los reyes persas, sea en la creación del Estado de Israel, que contó con el voto mayoritario de la comunidad internacional o en las guerras que el país enfrentó, cuando recibió armas del bloque soviético, después, de Francia y, finalmente, de Estados Unidos. La visión de aislamiento, de estar solos en el mundo, es políticamente peligrosa, porque, sea como minoría en la diáspora, sea como Estado de Israel, la capacidad de autodefensa siempre dependerá de alianzas y apoyos los más amplios posibles. La capacidad de movilizar estos apoyos fue y continúa siendo una de las principales condiciones de sobrevivencia de los judíos.

La memoria es nuestra condición de humanidad, pero también la principal fuente de sufrimiento. Somos nuestros recuerdos. Memorizar es recortar el pasado, olvidar casi todo para poder recordar ciertos eventos y darles un significado determinado. Si la memoria nos enraíza, dando un sentido de continuidad a nuestras vidas como individuos y como miembros

de una comunidad, ella también oprime. Nos quita libertad, nos obsesiona, transforma situaciones de aprendizaje en experiencias traumáticas y resentimientos, aprisionándonos en el pasado. Pero, si no existe presente sin pasado, el pasado siempre es vivido e interpretado a la luz de las realidades del presente. Si la memoria no es aleatoria ni totalmente maleable, ella es constantemente rehecha y palco de conflictos (dentro de cada individuo y entre grupos sociales). La preservación de la memoria es siempre un ejercicio de poder, de la capacidad de imponer una interpretación del sentido del pasado.

El Holocausto es un caso ejemplar de usos y abusos de la construcción de una memoria colectiva. El pasaje del sufrimiento absoluto, vivido por todos aquellos que sufrieron directa o indirectamente el Holocausto, a una narrativa sobre su significado no es una línea recta y exige un esfuerzo constante de vigilancia y reflexión. Discutir y cuestionar los usos políticos dados al Holocausto es un ejercicio difícil y delicado, más aún de frente a quienes lo niegan y particularmente de una estrategia de propaganda iniciada por Irán y hoy difundida por muchos grupos pro-palestinos. Esta estrategia busca deslegitimar el derecho de existencia del Estado de Israel asimilando las prácticas del ejército israelí con las de los nazistas. Las palabras no son ingenuas, y deshumanizar al adversario es el primer paso para justificar su destrucción.

Esta situación produce reacciones defensivas que dificultan una discusión ponderada sobre el sentido actual del Holocausto. Pero sin esta discusión se queda a merced de que sea usado por los líderes en la diáspora y en Israel, que utilizan la tragedia para justificar agendas políticas y culturales específicas. En ambos casos, en Israel y en la diáspora, fue construido en torno del Holocausto un discurso sobre su excepcionalidad histórica. El tema que se plantea no es si él fue o no un fenómeno único (cuestión sobre la cual los historiadores y científicos sociales tendrán posiciones diferentes), sino del significado moral y político que se busca dar a esta excepcionalidad. Desde el punto de vista moral, enfatizar la excepcionalidad del Holocausto es insostenible, porque el sufrimiento humano producido por genocidios es inconmensurable. Políticamente, porque si el Holocausto fue una excepción, entonces podemos lamentarnos sobre lo sucedido, pero él es irrelevante para las nuevas generaciones. El Holocausto, por el contrario, tiene mucho a enseñar, porque él no fue una excepción, sino el producto del odio, de la intolerancia, de la negación de la

humanidad y demonización de quien es diferente. Estas tendencias destructivas están siempre presentes en toda sociedad y el Holocausto es un símbolo de las consecuencias terribles del potencial destructivo de ideologías y regímenes políticos que se sustentan en el fanatismo y en la negación de la humanidad del otro.

Paradojalmente, al mismo tiempo en que enfatizan su excepcionalidad histórica y los líderes comunitarios se irritan cuando se banaliza el uso de la palabra Holocausto, muchas veces esto es hecho por algunos grupos judíos, como en las manifestaciones de la derecha israelíes con imágenes de Itzhak Rabin vistiendo el uniforme de un oficial de la SS o para denominar como Holocausto cultural procesos de integración voluntaria de los judíos en sus sociedades.

No permitir que el Holocausto sea vinculado a agendas políticas no significa que no se deba luchar para preservar su memoria y luchar contra revisionismos históricos que cuestionan el genocidio nazista o lo utilizan para propaganda política anti-israelí. Por el contrario, condenar todos los usos políticos del Holocausto es una pre-condición para que él pueda ser comunicado como una tragedia humana de proporciones catastróficas y que su memoria esté al servicio de valores humanistas.

Mantener la memoria y divulgar el Holocausto en el mundo, para que él no se repita con los judíos y ningún otro pueblo, exige un esfuerzo constante de lucha contra las viejas y nuevas formas de intolerancia y persecución. En la época en que vivimos, donde el discurso de la victimización es dominante, el énfasis en la excepcionalidad del Holocausto lo coloca en competencia con otras víctimas. Esta competencia lleva a cada uno a mirar su propio ombligo, en lugar de promover una visión que unifique todas las víctimas en torno de un ideal humanista. Es fundamental un diálogo que muestre que el Holocausto no es un fenómeno que se refiere a los judíos sino a todos los grupos estigmatizados, que solamente instituciones democráticas y el respeto por todas las culturas pueden asegurar la sobrevivencia y dignidad de las diferentes minorías.